

Orden y Argumento en la Oración

NO. 700

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 15 DE JULIO, 1866,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios! Yo iría hasta su silla.
Expondría mi causa delante de él, y llenaría mi boca de argumentos.”
Job 23:3, 4.***

En medio de su extrema adversidad, Job clamó al Señor. El deseo vehemente de un hijo afligido de Dios es ver el rostro de su Padre una vez más. Su primera oración no es, “¡oh, que pudiera ser curado de la enfermedad que ahora encona todo mi cuerpo!” Ni siquiera es, “¡oh, que pudiese ver a mis hijos arrebatados de las fauces del sepulcro, y mi propiedad recuperada de las manos del despojador!” Mas su primer y más predominante clamor es, “¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios! Yo iría hasta su silla.” Los hijos de Dios corren a su hogar cuando se aproxima la tormenta. El instinto nacido del cielo de un alma que posee la gracia, es buscar refugio de todos los males bajo las alas de Jehová. “El que ha hecho de Dios su refugio” podría servir como el distintivo de un verdadero creyente.

Un hipócrita, cuando siente que ha sido afligido por Dios, resiente el castigo, y, como un esclavo, quisiera huir del amo que lo ha flagelado. Pero no sucede así con el verdadero heredero del cielo. Él besa la mano que lo golpeó, y busca protegerse de la vara en el seno de ese mismo Dios que le miró con ceño. Ustedes podrán observar que el deseo de comunión con Dios se intensifica cuando fracasan todas las otras fuentes de consuelo. Cuando Job vio al principio a sus amigos a la distancia, pudo haber albergado una esperanza de que su amable consuelo y su compasiva ternura mitigarían la agudeza de su dolor; pero al poco tiempo que comenzaron a hablar, Job clamó en amargura: “Consoladores molestos sois todos vosotros.” Ellos pusieron sal en sus heridas, y derramaron combustible sobre la llama de su aflicción; agregaron la hiel de sus reprimaciones al ajenjo de sus dolores. Una vez anhelaron bañarse al sol de la radiante sonrisa de Job, y ahora se atrevían a cubrir de sombras su reputación, de manera poco generosa e inmerecida.

¡Ay del hombre cuando su copa de vino lo engaña con vinagre y su almohada le clava sus espinas! El patriarca se apartó de sus apesadumbrados amigos y miró a lo alto, al trono celestial, de la misma manera que el viajero se olvida de su cantimplora y se dirige con premura al po-

zo. Dice adiós a las esperanzas terrenales y clama: “¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!”

Hermanos míos, nada nos enseña mejor la maravilla del Creador que el aprendizaje del vacío de todo lo demás. Cuando han sido atravesados de un lado al otro por la frase, “Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo,” entonces libarán dulzura indecible de la sentencia divina: “Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová.” Apartándose con desdén de los panales de la tierra, donde no pudieron encontrar miel, sino sólo agudas punzadas, se regocijarán en Él, cuya palabra fiel es más dulce que la miel, y que la que destila del panal.

Es además digno de observación que, aunque un buen hombre se apresura a Dios en su aflicción, y corre con mayor velocidad por causa del desamor de sus semejantes, sin embargo, algunas veces el alma que posee gracia, permanece sin la comfortable presencia de Dios. Este es el mayor de los dolores; el texto es uno de los grandes gemidos de Job, mucho más profundo que cualquiera otro que hubiera proferido por causa de la pérdida de sus hijos y de su propiedad: “¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!” La peor de todas las pérdidas es perder la sonrisa de mi Dios. Job conoció de antemano un poco de la amargura del clamor de su Redentor: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” La presencia de Dios siempre está con Su pueblo en un sentido, en lo concerniente a sostenerlos secretamente, pero no siempre goza de Su presencia manifiesta. Como la esposa del Cantar, por las noches buscan en su lecho al que aman, y no lo hallan; y aunque se levanten y recorran la ciudad no pueden encontrarlo, y la pregunta puede repetirse una y otra vez: “¿Habéis visto al que ama mi alma?”

Tú podrías ser amado por Dios, y sin embargo no estar consciente de ese amor en tu alma. Tú puedes ser tan amado para Su corazón como Jesucristo mismo, y, sin embargo, por un breve instante él podría abandonarte, y en un conato de ira podría esconderse de ti. Pero, queridos amigos, en tales momentos, el deseo de las almas creyentes cobra una mayor intensidad todavía, del hecho que la luz de Dios no está disponible. En lugar de decir con nuestro arrogante labio: “Bien, si Él me deja, debo arreglármelas sin Él; si no puedo contar con Su consoladora presencia debo continuar luchando como mejor pueda;” en lugar de eso el alma dice: “no, es mi misma vida; debo tener a mi Dios. Yo perezco, yo me hundo en el cieno profundo donde no hay apoyo, y nada sino el brazo de Dios me puede liberar.” El alma que posee gracia se entrega con un doble celo a encontrar a Dios, y eleva al cielo con mayor frecuencia y fervor, sus gemidos, sus súplicas, sus sollozos y sus suspiros. “¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!”

La distancia o el trabajo no son nada; si el alma sólo supiera dónde ir, pronto saltaría por encima de la distancia. No pone condiciones acerca de montañas o ríos, sino que está resuelta a ir hasta Su silla, si supiera dónde hallar a Dios. Mi alma hambrienta atravesaría paredes de piedra, o escalaría las murallas almenadas del cielo para llegar hasta su Dios, y aunque hubiesen siete infiernos entre Él y yo, me enfrentaría a las llamas si pudiera llegar a Él, sin sentirme intimidado si sólo tuviera la probabilidad de estar al fin en Su presencia y sentir el deleite de Su amor. Me parece que ese es el estado mental en el que Job pronunció las palabras ante nuestra consideración.

Pero no podemos detenernos en este punto, pues el propósito del sermón de hoy nos invita a seguir adelante. Parecería que el fin de Job al desear la presencia de Dios, era poder orar a Él. Había orado, pero necesitaba orar como en la presencia de Dios. Él deseaba argumentar como delante de Alguien que Job sabía que le oiría y le ayudaría. Anhelaba exponer su propio caso delante de la silla del Juez imparcial, delante del propio rostro del infinitamente sabio Dios; él quería apelar la injusta sentencia emitida por sus amigos en los tribunales inferiores, y hacerlo ante la Corte Suprema de Justicia del Rey, la Corte Suprema del cielo, y allí, decía Job: “Expondría mi causa delante de él, y llenaría mi boca de argumentos.”

En este último versículo, Job nos enseña cómo pretendía argumentar e interceder con Dios. Por decirlo así, nos revela los secretos de su alcaoba, y descubre el arte de la oración. Somos admitidos a la comunidad de suplicantes; se nos muestra el arte y el misterio de la argumentación; se nos enseña aquí el oficio bendito y la ciencia de la oración, y si esta mañana, durante la siguiente hora, podemos constituirnos en dedicados aprendices de Job, y podemos recibir una lección del Maestro de Job, podríamos adquirir mucha destreza en la intercesión con Dios.

Dos cosas son manifestadas aquí como necesarias en la oración: *ordenar nuestra causa, y llenar de argumentos nuestra boca*. Hablaremos de estas dos cosas, y luego si aprendemos correctamente la lección, obtendremos un bendito resultado.

I. Primero, ES NECESARIO QUE NUESTRO CASO SEA ORDENADO DELANTE DE DIOS.

Hay una noción común que la oración es algo muy fácil, un tipo de actividad común que puede hacerse de cualquier manera, sin mayor cuidado ni esfuerzo. Alguno piensan que todo lo que tienes que hacer es tomar un libro y completar un cierto número de palabras muy excelentes, y ya has orado y vuelves a poner el libro en su lugar; otros suponen que usar un libro es algo supersticioso, y que más bien debes repetir frases improvisadas, frases que vengan a tu mente en torrentes, como un hato de cerdos o una jauría de galgos, y que cuando las hubieres expresado

con escasa atención a lo dicho, ya habrás orado. Ahora, ninguno de estos modos de oración fueron adoptados por los santos del pasado. Ellos tenían a la oración en un concepto mucho más alto del que tienen muchas personas hoy en día. Parece que era un asunto trascendental para ellos, un ejercicio largamente practicado en el que algunos de ellos alcanzaron gran eminencia, y por esa causa fueron singularmente bendecidos. Cosecharon en abundancia en el campo de la oración, y descubrieron que el propiciatorio es una mina de indecibles tesoros.

Los santos de la antigüedad solían ordenar su causa delante de Dios, igual que Job; es decir, como un demandante que va a la corte no se presenta allí con la idea de argumentar su caso de sopetón, sino que entra al salón de audiencias con su caso bien preparado, habiendo más bien aprendido cómo debe comportarse en la presencia del Ser grandioso ante quien está apelando. Es recomendable acercarse a la silla del Rey de reyes, en la medida de lo posible, con una preparación y meditación previas, sabiendo qué es lo que vamos a hacer, dónde nos encontramos, y qué es lo que deseamos obtener. En tiempos de peligro y de apuro podemos acudir con premura a Dios tal como nos encontremos, como la paloma se cobija en la grieta de la roca aunque sus plumas se desaliñen; pero en tiempos ordinarios no debemos acercarnos con un espíritu que no esté preparado, así como un niño no se presenta ante su padre en la mañana mientras no se haya lavado su cara.

Vean a aquel sacerdote. Tiene que ofrecer un sacrificio, pero no se apresura al atrio de los sacerdotes y no degüella al becerro con la primer hachuela de la que pueda poner mano, sino que cuando se levanta, lava sus pies en la fuente de bronce, se viste y se adorna con su vestimenta sacerdotal; luego va al altar con su víctima adecuadamente partida de acuerdo a la ley, y se cuida de obedecer el mandamiento, hasta sus más mínimos detalles, tales como dónde colocar la grosura, y el hígado, y los riñones, y luego toma de la sangre colocada en un tazón y la derrama en un lugar apropiado al pie del altar, no simplemente arrojándola como se le antoje, ni enciende el fuego con una llama común, sino con el fuego sagrado proveniente del altar. Ahora este ritual está abolido, pero la verdad que enseña sigue siendo la misma; nuestros sacrificios espirituales deben ser ofrecidos con santo cuidado. Dios no quiera que nuestra oración sea un simple saltar de la cama y arrodillarse, y decir lo primero que se nos venga a la cabeza; por el contrario, debemos presentarnos ante al Señor con santo temor y sagrado temblor.

Vean cómo oró David cuando Dios le bendijo: entró y se puso delante de Jehová. Entiendan eso; no se quedó afuera a la distancia, sino que entró y se puso delante de Jehová y se sentó (pues estar sentado no es una mala postura para la oración, sin importar quién hable contra esa postura), y estando sentado con quietud y calma delante del Señor, co-

menzó a orar, pero no antes de haber reflexionado sobre la bondad divina, y así haber alcanzado un espíritu de oración. Luego, con la ayuda del Espíritu Santo, abrió su boca. ¡Oh, que más a menudo buscáramos al Señor de esta manera!

Abraham puede servirnos de modelo. Se levantó muy de mañana: aquí vemos su disposición; caminó durante tres días: allí vemos su celo; dejó a sus siervos al pie del monte: aquí vemos su privacidad; tomó la leña y el fuego con él: allí vemos su preparación; y finalmente, edificó un altar y puso la leña en orden, y luego tomó el cuchillo: aquí vemos el devoto cuidado de su adoración. David lo expresa así: “Oh Jehová, de mañana oírás mi voz; de mañana me presentaré delante de ti, y esperaré”; expresión que a menudo he explicado como significando que él juntaba sus pensamientos como hombres de guerra, o que apuntaba sus oraciones como si fuesen flechas. No tomaba la flecha y la ponía en el arco y disparaba, y disparaba, y disparaba a cualquier lado; sino que después que había sacado la flecha elegida y la había colocado en la cuerda, apuntaba cuidadosamente. Miraba (miraba cuidadosamente) al centro del blanco; mantenía su ojo fijo en él, apuntando con su oración, y luego tensaba la cuerda con toda su fuerza y disparaba la flecha; y luego, cuando la flecha había abandonado su mano, ¿qué decía? “Esperaré.” Esperaba para ver adónde se había clavado la flecha, para que ver qué efecto había tenido; pues él esperaba una respuesta a sus oraciones, y no era como muchos que escasamente piensan en sus oraciones una vez que las han dicho. David sabía que tenía un compromiso delante de él, que requería de todos sus poderes mentales; reunía todas sus facultades y hacía su trabajo de una manera concienzuda, como alguien que creía en un trabajo que tendría éxito. Nosotros debemos arar cuidadosamente y orar cuidadosamente. Entre mejor sea el trabajo, mayor atención requiere. Estar ansioso en la taller y despreocupado en el aposento es un poco menos que blasfemia, pues es una insinuación que cualquier cosa será aceptable para Dios, pero que el mundo debe recibir lo mejor nuestro.

Si alguno preguntara qué orden debiera seguirse en la oración, no estoy a punto de darle un esquema como los que han esbozado muchos, en los que la adoración, la confesión, la petición, la intercesión, y el loor a Dios están arreglados sucesivamente. No estoy persuadido que un orden así provenga de la autoridad divina. No es a un simple orden mecánico al que me estoy refiriendo, ya que nuestras oraciones serán igualmente aceptables, y posiblemente serán igualmente adecuadas, en cualquier forma; pues hay ejemplos de oraciones, en variadas formas, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. El verdadero orden espiritual de la oración me parece que consiste en algo más que el simple arreglo. Es sumamente adecuado para nosotros que sintamos que estamos haciendo ahora algo real; que estamos a punto de dirigirnos a Dios, a quien no podemos ver,

pero que realmente está presente; a quien no podemos tocar ni oír, ni que podemos percibir con nuestros sentidos, pero que, sin embargo, está tan ciertamente con nosotros como si estuviésemos hablando con un amigo de carne y hueso como nosotros mismos. Sintiendo la realidad de la presencia de Dios, nuestra mente será conducida por la gracia divina a un estado de humildad; nos sentiremos como Abraham, cuando dijo: “He aquí ahora que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza.” Consecuentemente no vamos a recitar nuestra oración como niños que repiten sus lecciones, como un simple asunto de rutina, y mucho menos debemos hablar como si fuésemos rabíes instruyendo a nuestros alumnos, o como he escuchado que hacen algunos, con la tosqueidad de un salteador que detiene a una persona en la camino para exigirle su bolsa; debemos ser humildes pero arrojados pedidores, humildemente importunando a la misericordia por medio de la sangre del Salvador.

No debemos mostrar la reserva de un esclavo sino la amorosa reverencia de un niño; pero no la de un niño insolente e impertinente, sino la de un niño obediente y enseñable, que honra a su Padre, y por tanto que pide de todo corazón, con una sumisión respetuosa a la voluntad de su Padre. Cuando siento que estoy en la presencia de Dios, y asumo mi legítima posición en esa presencia, lo siguiente que necesitaré reconocer es que no tengo ningún derecho a lo que estoy pidiendo, y no puedo esperar obtenerlo excepto como un don de la gracia, y debo recordar que Dios limita el canal a través del cual me dará misericordia: Él me la dará por medio de Su amado Hijo. Entonces debo ponerme bajo el amparo del grandioso Redentor. Debo sentir que ya no soy yo el que hablo sino que Cristo habla conmigo, y que mientras suplico, argumento Sus heridas, Su vida, Su muerte, Su sangre, Él mismo. Esto es en verdad entrar en orden.

Lo siguiente que debo considerar es, qué es lo que debo pedir. En la oración es muy adecuado proponerse una gran claridad en las peticiones. Hay mucha razón para quejarse de algunas oraciones públicas, porque aquellos que las ofrecen no le piden a Dios realmente nada. Debo reconocer que temo haber orado de esta manera yo mismo, y ciertamente he oído muchas oraciones de ese tipo, en que no percibí que se buscara algo de Dios: había mucho de una expresión muy excelente en materia doctrinal y práctica, pero casi nada de peticiones, y lo poco que había, estaba en un estado nebuloso, caótico e informe. Pero me parece a mí que la oración debe ser clara, y la petición de algo debe ser definida y clara, porque la mente se ha dado cuenta de la evidente necesidad de lo pedido, y por tanto, debe suplicar por ello. Es bueno no andarse con rodeos en la oración, sino que debemos ir directamente al grano.

Me gusta esa oración de Abraham, “Ojalá Ismael viva delante de ti.” Está allí el nombre y la persona por la que se ora, y la bendición desea-

da, todo contenido en unas cuantas palabras: “Ojalá Ismael viva delante de ti.” Muchas personas habrían usado una expresión vaga de este tipo: “oh que nuestro bienamado retoño sea considerado con el favor que Tú tienes para con aquellos,” etcétera. Digan “*Ismael*,” si quieren decir “Ismael”; exprésenlo en palabras sencillas delante del Señor. Algunas personas ni siquiera pueden orar por el ministro sin usar circunloquios que conducen a los demás a pensar que se trata del ministril de la parroquia, o de alguien que no tiene mayor importancia para ser mencionado específicamente. ¿Por qué no somos muy claros, y decimos lo que queremos decir, queriendo decir lo que decimos? Ordenar nuestra causa nos proporcionaría mayor claridad mental.

No es necesario, mis queridos hermanos, cuando estemos en el aposento, pedir por toda cosa buena concebible; no es necesario ensayar el catálogo de cada necesidad que ustedes puedan tener, o hayan tenido, o vayan a tener. Pidan por lo que necesiten ahora, y, como regla, limítense a su necesidad actual; pidan por su pan de cada día –lo que necesitan ahora- pidan eso. Pídanlo con claridad, como delante de Dios, que no toma en cuenta sus elegantes expresiones, y para quien su elocuencia y oratoria es menos que nada y vanidad. Tú estás delante del Señor; que tus palabras sean pocas, pero que tu corazón sea fervoroso.

Todavía no has completado el ordenamiento lo suficiente cuando hubieres pedido lo que necesitas por medio de Jesucristo. Debe haber una revisión de la bendición que tú deseas, para ver si de verdad es una cosa digna de ser pedida, pues algunas oraciones no serían ofrecidas nunca si los hombres solamente reflexionaran. Una pequeña reflexión nos mostraría que algunas cosas que deseamos deberíamos dejar de considerarlas. Además, podríamos tener un motivo en el fondo de nuestro deseo que no va acorde con Cristo, un motivo egoísta, que olvida la gloria de Dios y provee únicamente para nuestra comodidad y holgura. Ahora, aunque podamos pedir por cosas que sean para nuestro beneficio, no debemos permitir nunca que nuestro beneficio interfiera de alguna manera con la gloria de Dios.

Con la oración aceptable debe mezclarse la santa sal de la sumisión a la voluntad divina. Me gusta el dicho de Lutero: “Señor, *quiero* que hagas mi voluntad ahora.” “¡Cómo!” –dirás- “¿te gusta esa expresión?” Sí, me gusta, porque la siguiente frase, es “quiero que hagas mi voluntad, *pues yo sé que mi voluntad es Tu voluntad.*” Bien dicho, Lutero; pero sin las últimas palabras habría sido una presunción perversa. Cuando estamos seguros que lo que pedimos es para la gloria de Dios, entonces, si tenemos poder en la oración, podemos decir: “No te dejaré, si no me bendices.” Podemos llegar a tratos cercanos con Dios, y como Jacob con el ángel podemos llegar a la lucha y buscar derribar al ángel antes de ser enviados de regreso sin la bendición. Pero debemos tener muy claro, antes

de llegar a términos como esos, que lo que estamos buscando es realmente para la honra del Señor.

Pongan estas tres cosas juntas: la profunda espiritualidad que reconoce a la oración como una conversación real con el Dios invisible, mucha claridad que es la realidad de la oración, pidiendo aquello que sabemos que necesitamos, y con todo ello, mucho fervor, creyendo que la petición es necesaria, y por tanto, resueltos a obtenerla si puede ser obtenida mediante la oración, y sobre todo ello, completa sumisión, aceptando en todo la voluntad del Señor; mezclen todos estos ingredientes, y podrán tener una clara idea de lo que significa ordenar su causa delante del Señor.

Sin embargo, la oración misma es un arte que únicamente el Espíritu Santo puede enseñarnos. Él es el dador de toda oración. Oren para poder orar: oren hasta que puedan orar; oren para recibir ayuda para orar, y no renuncien a la oración porque no puedan orar, pues precisamente cuando piensas que no puedes orar, es cuando estás orando más; y algunas veces cuando no tienes ningún tipo de consuelo en tus súplicas, es cuando tu corazón todo quebrantado y abatido está realmente luchando y verdaderamente prevaleciendo con el Altísimo.

II. La segunda parte de la oración es LLENAR LA BOCA DE ARGUMENTOS; no llenar la boca con palabras ni buenas frases, ni bellas expresiones, sino llenar la boca con argumentos. Los antiguos santos solían argumentar en la oración. Cuando llegamos a la puerta de la misericordia, los argumentos eficaces son los golpes del aldabón que hacen que se abra la puerta.

¿Cuál es la razón de utilizar argumentos? Esa es la primera pregunta. La respuesta es: ciertamente no es porque Dios sea lento en dar, no porque podamos cambiar el propósito divino, no porque Dios necesite ser informado de cualquier circunstancia con relación a nosotros o a cualquier cosa en conexión con la misericordia solicitada: los argumentos a ser usados son para nuestro propio beneficio, no para el Suyo. Él requiere que argumentemos con Él, y que expresemos nuestras sólidas razones, como dijo Isaías, porque esto mostrará que sentimos el valor de la misericordia. Cuando un hombre busca argumentos para una cosa, es porque le da importancia a eso que está buscando. Además, nuestro uso de argumentos nos enseña la base sobre la cual obtenemos la bendición. Si un hombre se acercara con el argumento de su propio mérito, nunca tendría éxito; el argumento exitoso está siempre fundado en la gracia, y de esta manera, el alma que argumenta sobre esta base es conducida a entender intensamente que es por gracia y solamente por gracia que un pecador obtiene algo del Señor.

Además, el uso de argumentos tiene el propósito de agitar nuestro fervor. El hombre que usa un argumento con Dios adquirirá mayor fuerza

para usar el siguiente, y usará el siguiente con mayor poder todavía, y el siguiente con más fuerza todavía. Las mejores oraciones que he oído jamás, en nuestras reuniones de oración, son aquellas que han estado saturadas de argumentos. Algunas veces mi alma se ha derretido grandemente cuando he escuchado a hermanos que han venido delante de Dios sintiendo que la misericordia era realmente necesaria, y que debían recibirla, pues primero argumentaron con Dios que la otorgara por esta razón, y luego por una segunda, y luego por una tercera, y luego por una cuarta y una quinta, hasta que despertaron el fervor de la asamblea entera.

Hermanos míos, no hay ninguna necesidad de oración en lo concerniente a Dios, pero ¡cuánta necesidad hay de oración en cuanto a nosotros mismos! Si no fuésemos constreñidos a orar, me pregunto si podríamos vivir siquiera como cristianos. Si las misericordias de Dios nos llegasen sin ser solicitadas, no serían ni la mitad de útiles como lo son ahora, cuando tienen que ser buscadas; pues ahora recibimos una doble bendición, una bendición al obtenerla y una bendición al buscarla. El propio acto de orar es una bendición. Orar es, por decirlo así, como darse un baño en un fresco arroyo susurrante, para escapar del sol veraniego de la tierra. Orar es remontarse sobre alas de águilas por encima de las nubes y llegar al claro cielo donde mora Dios. Orar es entrar en la casa del tesoro de Dios y recibir provisiones de un almacén inagotable. Orar es asir al cielo con las manos, abrazar a la Deidad dentro del alma, y sentir que el cuerpo de uno es convertido en un templo del Espíritu Santo. Aparte de la respuesta, la oración es en sí misma una bendición. Orar, hermanos míos, es deshacernos de las cargas, es librarnos de nuestros harapos, es sacudirnos de nuestras enfermedades, es ser llenados de vigor espiritual, es alcanzar el punto más elevado de la salud cristiana. Que Dios nos dé en abundancia en relación al arte santa de argumentar con Dios en oración.

La parte más interesante de nuestro tema está todavía ante nosotros; es un rápido sumario y un catálogo de unos cuantos de los argumentos que han sido usados con gran éxito con Dios. No puedo darles una lista completa; eso requeriría un tratado como los que escribe el maestro John Owen. En la oración es recomendable argumentar con Jehová *Sus atributos*. Abraham hizo lo propio cuando recurrió a la justicia de Dios. Había que suplicar por Sodoma, y Abraham comienza: “Quizá haya cincuenta justos dentro de la ciudad: ¿destruirás también y no perdonarás al lugar por amor a los cincuenta justos que estén dentro de él? Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío; nunca tal hagas. El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” Aquí comienza la lucha. Fue un poderoso argumento mediante el cual el patriarca agarró la mano izquierda del Señor, y la atajó justo cuando el rayo estaba a punto

de caer. Pero vino una respuesta a eso. Le fue sugerido que esto no libraría a la ciudad, y ustedes notan cómo el buen hombre, presionado intensamente, retrocede unos cuantos centímetros. Cuando ya no pudo asirse más de la justicia, tomó la diestra de la misericordia de Dios, y eso le dio un maravilloso apoyo cuando preguntó que si hubiera tan solo diez justos allí, la ciudad podría ser librada. Por tanto, ustedes y yo podemos recurrir en cualquier momento a la justicia, la misericordia, la fidelidad, la sabiduría, la longanimidad, la ternura de Dios, y descubriremos que cada atributo del Altísimo es, por decirlo así, un gran ariete con el cual podemos abrir las puertas del cielo.

Otra poderosa pieza de artillería en la batalla de la oración es *la promesa de Dios*. Cuando Jacob estaba al otro lado del vado de Jaboc, y su hermano Esaú se acercaba con hombres armados, imploró a Dios que no permitiera que Esaú hiriera la madre con los hijos, y como razón de suma importancia argumentó: “Y tú has dicho: Yo te haré bien.” ¡Oh, la fuerza de ese argumento! Estaba pidiéndole a Dios que cumpliera Su palabra: “Tú has dicho.” El atributo es un cuerno espléndido del altar al cual aferrarse; pero la promesa, que contiene el atributo y algo más, es todavía un más poderoso sostén. “Tú has dicho.” Recuerden cómo lo expresó David. Después que Natán había hablado la promesa, David dijo al cierre de su oración: “Haz conforme a lo que has dicho.” “Haz conforme a los que has dicho.” Ese es un legítimo argumentos para cualquier hombre honesto, y *Él* lo ha dicho, y ¿no lo hará? “Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso.” ¿No será *Él* veraz? ¿No mantendrá *Él* Su palabra? ¿Cada palabra que sale de Sus labios no permanecerá firme y será cumplida?

Salomón, en la dedicación del templo, usó el mismo poderoso argumento. *Él* argumenta con Dios que recuerde la palabra que había hablado a su padre David, y que bendiga ese lugar. Cuando un hombre firma un pagaré, su honor está comprometido. Compromete su mano, y debe cumplir el compromiso cuando llegue la fecha de vencimiento, pues de lo contrario perderá crédito. Nunca se podrá decir que Dios no paga Sus facturas. El crédito del Altísimo no ha sido nunca puesto en tela de juicio, y nunca lo será. *Él* es estrictamente puntual; nunca llega antes de tiempo, pero tampoco se retrasa nunca. Ustedes pueden escudriñar este Libro de principio a fin, y lo pueden comparar con la experiencia del pueblo de Dios, y los dos encajan desde el principio hasta el fin; y muchos patriarcas de cabellos blancos han dicho conjuntamente con Josué en su ancianidad: “No ha faltado una palabra de todas las buenas palabras que Jehová vuestro Dios había dicho de vosotros; todas os han acontecido.”

Hermano mío, si tú tienes una promesa divina, no necesitas argumentarla con un “si” involucrado; puedes argumentarla como una certeza. Si,

por la misericordia que ahora estás pidiendo, tienes la palabra de Dios solemnemente comprometida, escasamente hay espacio para la precaución acerca de la sumisión a Su voluntad. Tú conoces Su voluntad: esa voluntad está en la promesa; argumentala. No le des descanso hasta que la haya cumplido. Él tenía la intención de cumplirla, pues de lo contrario no la hubiese otorgado. Dios no da Su palabra simplemente para aquietar nuestro ruido, y mantenernos esperanzados por un rato, con la intención de desentenderse al final; mas cuando Él habla, Él habla porque tiene la intención de actuar.

Un tercer argumento a ser usado, es el que fue empleado por Moisés: *el grandioso nombre de Dios*. ¡Cuán poderosamente argumentó con Dios en una ocasión, sobre esta base! “¿Qué harás tú a tu grande nombre?” “Las gentes que hubieren oído tu fama hablarán diciendo: Por cuanto no pudo Jehová meter este pueblo en la tierra en la cual les había jurado, los mató en el desierto.” Hay algunas ocasiones en las que el nombre de Dios está íntimamente ligado a la historia de Su pueblo. Algunas veces, confiando en una promesa divina, un creyente será conducido a tomar un cierto curso de acción. Ahora, si el Señor no cumpliera Su promesa, no solamente el creyente sería engañado, sino que el mundo perverso que lo contempla diría: “¡Ajá! ¡Ajá! ¿Dónde está tu Dios?” Tomen el caso de nuestro respetado hermano, el señor Müller, de Bristol. Todos estos años él ha declarado que Dios oye la oración, y firme en esa convicción, se ha lanzado a construir casa tras casa para el sostenimiento de huérfanos. Ahora, yo puedo muy bien concebir que, si él fuese conducido al punto de falta de recursos para el mantenimiento de esos mil o dos mil niños, él podría usar muy bien el argumento: “¿Qué harás tú a tu grande nombre?” Y tú, en alguna severa aflicción, cuando has recibido adecuadamente la promesa, podrías decir: “Señor –Tú has dicho- ‘En seis tribulaciones te libraré, y en la séptima no te tocará el mal.’ Yo he dicho a mis amigos y vecinos que pongo mi confianza en Ti, y si Tú no me libras ahora, ¿qué harás Tú a Tu gran nombre? Levántate, oh Dios, y haz esto, para que Tu honra no sea arrojada al polvo.”

Unido a esto, podemos emplear el argumento adicional de *las duras cosas dichas por los maldicientes*. Ezequías hizo muy bien cuando tomó la carta del Rabsaces y la extendió delante del Señor. ¿Le ayudará eso? Está llena de blasfemia, ¿le ayudará eso? “¿Dónde está el dios de Hamat y Arfad? ¿Dónde está el dios de Sefarvaim? ¿Dónde están los dioses de las ciudades que he destruido? No os engañe Ezequías al decir: Jehová nuestro Dios nos librará.” ¿Acaso tiene eso algún efecto? ¡Oh, sí, fue algo bendito que el Rabsaces hubiera escrito esa carta, pues provocó al Señor a ayudar a Su pueblo. A veces el hijo de Dios se regocija cuando ve a sus enemigos totalmente fuera de sus casillas y teniendo que recurrir a la maledicencia. “Ahora” –dice- “han denostado al propio Señor. No sólo

han arremetido contra mí, sino contra el propio Altísimo. Ahora no es más el pobre e insignificante Ezequías con su pequeño grupo de soldados, sino que es Jehová, el Rey de los ángeles, quien ha venido a combatir contra el Rabsaces. Ahora, ¿qué harás tú, oh jactancioso soldado de Senaquerib? ¿Acaso no serás completamente destruido, puesto que el propio Jehová ha entrado en el conflicto?”

Todo el progreso que es alcanzado por el papado, todas las cosas erróneas dichas por los ateos especulativos y cosas semejantes, deben ser usadas por los cristianos como un argumento con Dios: por qué Él debe ayudar al Evangelio. ¡Señor, mira cómo vituperan el Evangelio de Jesús! ¡Alarga Tu diestra desde Tu pecho, oh Dios, pues te están desafiando! El anticristo se mete en el lugar donde Tu Hijo fue una vez honrado, y desde los propios púlpitos donde el Evangelio fue predicado una vez, el papado es declarado. ¡Levántate, oh Dios, despierta tu celo, que arda Tu sagrada pasión! ¡He aquí que la ramera de Babilonia está sentada una vez más sobre su bestia escarlata y cabalga en triunfo! ¡Ven, Jehová, ven, Jehová, y demuestra una vez más lo que puede hacer Tu brazo desnudo! Este es un modo legítimo de argumentar con Dios, por amor de Su grandioso nombre.

Así también podemos argumentar *las aflicciones de Su pueblo*. Esto se hace con frecuencia. Jeremías es el gran maestro de este arte. Dice: “Sus nobles fueron más puros que la nieve, más blancos que la leche; más rubios eran sus cuerpos que el coral, su talle más hermoso que el zafiro. Oscuro más que la negrura es su aspecto.” “Los hijos de Sion, preciados y estimados más que el oro puro, ¡cómo son tenidos por vasijas de barro, obra de manos de alfarero!” Él habla de todas sus aflicciones y penurias durante el sitio. Clama al Señor para que mire a Su Sion sufrida; y pronto sus gritos lastimeros son escuchados. Nada es tan elocuente para el padre que los gritos de su hijo; sí, hay algo todavía más poderoso, y es un gemido: cuando el niño está tan enfermo que ya ha dejado de llorar, y yace gimiendo con ese tipo de gemido que indica un sufrimiento extremo y una intensa debilidad. ¿Quién puede resistir ese gemido? ¡Ah!, cuando el Israel de Dios sea muy abatido de tal forma que escasamente pueda gritar y sólo sus gemidos sean escuchados, entonces llega el tiempo de la liberación del Señor, y con seguridad mostrará que ama a Su pueblo.

Queridos amigos, siempre que ustedes sean conducidos a la misma condición, ustedes pueden argumentar sus gemidos, y cuando vean a una iglesia muy abatida, pueden usar sus aflicciones como un argumento para pedir a Dios que regrese y salve al remanente de Su pueblo.

Hermanos, es bueno argumentar con Dios *el pasado*. Ah, ustedes que son el experimentado pueblo de Dios, ustedes saben cómo hacer esto. Aquí está el ejemplo de David al respecto: “Mi ayuda *has sido*. No me dejes ni me desampares.” Él argumenta la misericordia de Dios desde los

días de su juventud. Él habla de estar cimentado en su Dios desde su propio nacimiento, y luego argumenta: “Aun en la vejez y las canas, oh Dios, no me desampares.” Moisés también, hablando con Dios, dice: “Tú sacaste a este pueblo de la tierra de Egipto.” Como si dijera: “no dejes Tu obra inconclusa; Tú has comenzado a construir, completa la obra. Has luchado la primer batalla; ¡Señor, concluye la campaña! Continúa hasta que obtengas una completa victoria.” Cuán a menudo hemos clamado en nuestra tribulación: “Señor, Tú me libraste en tal y tal terrible prueba, cuando parecía que no había ayuda disponible; Tú no me has desamparado nunca. Yo he establecido mi Eben-ezer en Tu nombre. Si has tenido la intención de dejarme, ¿por qué me has mostrado tales cosas? ¿Has traído a tu siervo hasta este lugar para avergonzarlo?”

Hermanos, tenemos que tratar con un Dios inmutable, que hará en el futuro lo que ha hecho en el pasado, porque nunca cambia de propósito, y no puede ser frustrado en Sus designios; así el pasado se convierte en un instrumento muy poderoso para obtener Sus bendiciones.

Incluso podemos usar nuestra propia indignidad como un argumento con Dios. “Del devorador salió comida, y del fuerte salió dulzura.” David en un lugar argumenta así: “Por amor de tu nombre, oh Jehová, perdonarás también mi pecado, que es grande.” Ese es un modo muy singular de razonar; pero interpretado significa: “Señor, ¿por qué habrías de andar haciendo cosas pequeñas? Tú eres un gran Dios, y aquí está un gran pecador. Hay en mí las condiciones para la manifestación de Tu gracia. La grandeza de mi pecado me convierte en una plataforma para la grandeza de Tu misericordia. Que sea vista en mí la grandeza de Tu amor.” Moisés parece tener en mente lo mismo cuando pide a Dios que muestre Su gran poder perdonando a Su pueblo pecador. El poder con el que Dios se reprime a Sí mismo es en verdad grandioso. Oh, hermanos y hermanas, existe tal cosa como escurrirse al pie del trono, encorvarse y clamar: “oh Dios, no me quiebres; yo soy una caña cascada. ¡Oh!, no pises sobre mi pequeña vida; ahora es como un pábilo que humea. ¿Me perseguirás? ¿Saldrás, como dijo David: “tras un perro muerto, tras una pulga?” ¿Me acosarás como una hoja que se lleva la tempestad? ¿Me pondrás guarda como si yo fuera un vasto mar, o un monstruo marino? No, sino que debido a que soy muy poca cosa, y porque la grandeza de Tu misericordia puede ser mostrada en un ser tan insignificante y sin embargo tan vil, por eso, oh Dios, ten misericordia de mí.”

Hubo una vez una ocasión cuando la propia Deidad de Jehová hizo una triunfante argumentación para el profeta Elías. En esa augusta ocasión, cuando él les había pedido a sus adversarios que vieran si su dios podía responderles enviando fuego, poco se podrían imaginar la excitación que debe haber existido ese día en la mente del profeta. Con qué áspero sarcasmo se burlaba de ellos: “Gritad en alta voz, porque dios es;

quizá está meditando, o tiene algún trabajo, o va de camino; tal vez duerme, y hay que despertarle.” Y conforme se sajabán con cuchillos, y brincaban sobre el altar, ¡oh, el desprecio con que ese hombre de Dios debe haber seguido sus impotentes esfuerzos, y sus denodados pero inútiles gritos! Pero consideren cómo debe haber palpitado su corazón, de no haber sido por la fortaleza de su fe, cuando se dirigió al altar de Dios que estaba arruinado, y puso la leña en orden, y mató al buey. Óiganlo gritar: “derramen agua sobre todo. No deben tener sospechas que estoy ocultando el fuego; derramen agua sobre la víctima.” Cuando lo hubieron hecho, les ordena: “Hacedlo otra vez”; y lo hicieron otra vez; y luego dijo aún: “Hacedlo la tercera vez.” Y cuando todo estaba cubierto de agua, empapado y saturado por completo, se levanta y clama a Dios: “Oh Dios, sea hoy manifiesto que tú eres Dios.” Aquí todo fue puesto a prueba. La propia existencia de Jehová había sido puesta en juego, por decirlo así, por este valeroso profeta delante de los ojos de los hombres. Pero, ¡cuán bien fue escuchado el profeta! Descendió el fuego y devoró, no únicamente el sacrificio, sino que incluso la leña, y las piedras, e incluso el agua que estaba en las zanja, pues Jehová Dios había respondido la oración de su siervo. Algunas veces podemos hacer lo mismo, y decirle: “¡Oh, por Tu Deidad, por Tu existencia, si en verdad eres Dios, muéstrate para la ayuda de Tu pueblo!”

Finalmente, el grandioso argumento cristiano es *los sufrimientos, la muerte, el mérito, y la intercesión de Cristo Jesús*. Hermanos, me temo que no entendemos qué es lo que tenemos a nuestra disposición cuando se nos permite argumentar con Dios por medio de Cristo. Me encontré con este pensamiento el otro día: era de alguna manera nuevo para mí, pero creo que no debió haberlo sido. Cuando le pedimos a Dios que nos escuche, argumentando el nombre de Cristo, usualmente queremos decir: “Oh Señor, Tu amado Hijo merece esto de Ti; concédeme esto por Sus méritos.” Pero si lo supiésemos, podríamos ir más lejos. Suponiendo que ustedes, que mantienen una bodega en la ciudad, me dijeran: “señor, vaya a mi oficina, y usando mi nombre, diga que deben darle tal y tal cosa.” Yo iría, y usaría su nombre, y debería obtener lo que solicito como un derecho, y como un asunto de necesidad. Esto es lo que Jesucristo nos dice virtualmente a nosotros. “Si necesitan cualquier cosa de Dios, todo lo que el Padre tiene me pertenece; vayan y usen mi nombre.” Supongan que le dieran a un hombre su chequera con los cheques firmados por ustedes y todo el resto de los cheques en blanco, para ser llenados como él quisiera; eso sería muy cercano a lo que ha hecho Jesús cuando dijo estas palabras: “De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis en mi nombre, Yo os lo concederé.” Si yo tuviera una firma buena en el cheque, debería estar seguro de poder cobrar el efectivo cuando fuera con él al banquero; de la misma manera, cuando tienen el nombre de Cristo

(ante quien la propia justicia de Dios se ha vuelto deudora, y cuyos méritos tienen argumentos con el Altísimo), cuando tienen el nombre de Cristo no hay necesidad de hablar con miedo y temblor y aliento entrecortado. ¡Oh, no vacilen y que su fe no titubee! Cuando piden en el nombre de Cristo están argumentando lo que sacude las puertas del infierno, y que obedecen las huestes del cielo, y Dios mismo siente el sagrado poder de ese divino argumento.

Hermanos, les iría mejor si en sus oraciones a veces pensarán más en los dolores y gemidos de Cristo. Lleven sus heridas delante del Señor, díganle sus clamores, hagan que los gemidos de Jesús clamen de nuevo desde Getsemaní, y que Su sangre hable de nuevo desde frío Calvario. Habla y dile al Señor que con esos dolores, y clamores, y gemidos con los cuales argumentas, no puedes aceptar una negativa: argumentos como estos te favorecerán.

III. Si el Espíritu Santo nos enseña cómo ordenar nuestra causa, y cómo llenar nuestra boca con argumentos, el resultado será que **TENDREMOS NUESTRA BOCA LLENA DE ALABANZAS**. El hombre que tiene su boca llena de argumentos en la oración, pronto tendrá su boca llena de bendiciones en respuesta a la oración. Querido amigo, tienes tu boca llena hoy, ¿no es cierto? ¿De qué la tienes llena? ¿Llena de quejas? Pídele al Señor que enjuague tu boca para limpiar todo ese negro contenido, pues no te servirá de nada, y te amargará el vientre uno de estos días. Oh, ten tu boca llena de oración, llena de ella, llena de argumentos de tal forma que no haya espacio para ninguna otra cosa. Luego acude con esa bendita boca llena, y pronto te retirarás con cualquier cosa que le hubieres pedido a Dios. Sólo deléitate en Jehová y Él te concederá las peticiones de tu corazón.

Se dice -y no sé hasta dónde sea cierto-, que la explicación del texto “Abre tu boca, y yo la llenaré,” puede encontrarse en una muy singular costumbre oriental. Se dice que no hace muchos años (yo recuerdo cuando se reportó el incidente), el rey de Persia le ordenó a su noble más destacado, que había hecho algo que le había gratificado grandemente, que abriera su boca, y cuando lo hubo hecho, comenzó a meter en ella perlas, diamantes, rubíes y esmeraldas, hasta que la llenó al máximo de su capacidad, y luego se despidió. Se ha dicho que esto se acostumbra ocasionalmente en las cortes orientales para con los grandes favoritos. Ahora, independientemente de que sea la explicación del texto o no, es una buena ilustración.

Dios dice: “Abre tu boca con argumentos,” y luego Él la llenará con invaluables misericordias, con gemas de indecible valor. ¿Acaso un hombre no abriría su boca lo más que pudiera si se la fueran a llenar de esta manera? Seguramente quien tuviera la mente más sencilla entre ustedes sería lo suficientemente sabio para hacerlo. ¡Oh!, entonces abramos mu-

cho nuestras bocas cuando tengamos que argumentar con Dios. Nuestras necesidades son grandes, por tanto que nuestra petición sea grande, y el abastecimiento será grande también. Con Él no sufren de estrechez; ustedes tienen estrechez en sus propias entrañas. Que el Señor les dé gran capacidad bucal en la oración, gran poder, no en el uso del lenguaje, sino en el empleo de argumentos.

Lo que les he estado diciendo a los cristianos es aplicable en gran medida al hombre inconverso. Que Dios te permita ver la fuerza de ello, y que acudas raudamente en humilde oración al Señor Jesucristo y que encuentres vida eterna en Él.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #700—Volume 12

ORDER AND ARGUMENT IN PRAYER